

Dos notas sobre el Ciclo Matriarcal en el Antiguo Perú

Por JUAN JOSE VEGA

Catedrático Auxiliar

Tradicionalmente sólo se concebía un tipo de familia y de sociedad: el patriarcal. Era una clara concepción europea derivada del mundo bíblico y de la civilización romana. Así se creyó hasta 1860 en que Bachofen publica una obra de honda trascendencia: "El Matriarcado". Sus ideas fueron a poco recogidas, perfeccionadas y divulgadas por Morgan, Spencer, Taylor y Lübböck, entre otros.

Cayeron las tesis de que el parentesco se había registrado siempre por la vía paterna y que en tal sentido los hijos se señalaban a través del padre. Asimismo, dejó de creerse que en la más lejana antigüedad la herencia patrimonial se regulaba a través del sistema patriarcal.

A partir de Bachofen, un nuevo mundo antiguo quedaba al descubierto; sociedades en las cuales no hubo pater familias. Colectividades donde, en algunos casos las mujeres llegaron a regir plenamente la sociedad y combatir como varones. Hubo también aquí etapas matriarcales. Tal el caso de las cacicas que en el Perú, recibieron el nombre de Capullanas o Tallaponas. No menos señalable es el de las Amazonas o Guarmi-Aucas de la etapa auroral de la peruanidad. Veamos algo sobre estos dos puntos.

I.— LAS MATRIARCAS CAPULLANAS DEL ANTIGUO PERÚ

Los Incas nunca llegaron a unificar plenamente el Tahuantinsuyu; Estado Imperial que abarcaba la mar de pueblos distintos en leyes, lenguas, cultos, historia, religión y tradiciones. Con certera visión política, más bien, los gobernantes cuzque-

ños permitieron con frecuencia que subsistiesen costumbres preincaicas. Con tal que se pagara fielmente el tributo y se participase en la planificación de algunos órdenes de la economía, lo demás era librado, por lo general, al criterio de los señores locales.

Entre las antiguas instituciones que sobrevivieron tras la expansión cuzqueña, quizás ninguna sea tan importante como el Matriarcado. Inmemorial era el gobierno de las mujeres en el viejo Perú. Fue así como en los valles costeros, especialmente en los septentrionales, auténticos regímenes gineocráticos continuaron floreciendo bajo la égida incaica. Su rastro lo percibimos en el mito; y lo podemos contemplar también en su plenitud al momento de la incorporación de nuestro país al Occidente.

Datos generales.— Leemos en la Relación de los Quipucamayos que “en la mayor parte de la costa gobernaban y mandaban las mujeres, a quienes llamaban las Tallaponas y en otras partes llamaban Capullanas. Estas eran muy respetadas, aunque había Curacas de mucho respeto. Ellos acudían a las chácaras y otros oficios, porque lo demás ordinario se remitían a las Capullanas o Tallaponas; y esta costumbre guardaban en todos los llanos de la costa como por ley y estas Capullanas eran mujeres de los Curacas y eran las mandonas”. Testimonio muy similar encontramos en el Discurso Anónimo sobre la Descendencia y Gobierno de los Incas, —fruto también del siglo XVI—, donde se habla del régimen de las Capullanas o Tallaponas. Entre los yungas “mandaban las mujeres”, se dice en ese importante documento.

El Padre Bartolomé de las Casas, quien en muchos aspectos estuvo bien informado sobre el Antiguo Perú, sostiene que entre ciertas poblaciones costeñas, —como tallanes y huancahuillacas—, “no heredaban los varones, sino las mujeres; y la señora se llamaba Capullana”. Nos dice, al igual que otros cronistas, que era común ver a los hombres hilando o tejiendo, mientras ejercían las mujeres las artes de la guerra y el estado. Y finalmente indica que “a los primos hermanos, llamaban hermanos y a los tíos, padres y a los sobrinos, hijos”; dato esencial para reconstruir el sistema matriarcal de esa época.

Tienta hablar de los esplendorosos señoríos matriarcales de Gaboimilla en el sur de Chile, de las distantes reinas preincaicas quiteñas; o de la señora Achira que, en litoral cercano ya al

Tahuantinsuyu, vieron, asombrados, los conquistadores: "... es señora de esta tierra una mujer y todos le obedecían y teníanla por señora" ... "viuda rica" esa sobre la cual escribieron los soldados cronistas Juan Ruiz de Arce y Diego de Trujillo; pero preferimos constreñirnos al Imperio de los Incas. Dentro de él cabe relieves las hazañas de la cacica Quilago; cuyos hechos conocemos, aproximadamente, a través del Licenciado Montesinos; narración que rechazamos de plano de no mediar otras informaciones que acreditan la verosimilitud de los sucesos contados. La historia es ésta:

En las etapas finales del dominio cuzqueño, bajo Huaina Capac, se sublevó la gente del Río Quispe, que "gobernaba una señora llamada Quilago". Transcurrieron dos años de cruenta guerra en la cual los rebeldes resistieron bastante bien la acometividad de las huestes imperiales, a punto tal que reprochó el Inca a las tropas "como enfrenaban sus fuerzas hombres gobernados por una mujer".

Llegó finalmente la victoria para el Cuzco. El vencedor, siguiendo las leyes de la guerra, que no exceptúan las del sexo o la caballería, agasajó a la vencida. Y ella aparentó agrado por las atenciones personales de Huaina Capac, señor del mundo; a tal extremo que, fingiéndole amor lo atrajo hasta su alcoba. una vez en las cámaras reales, la fiera Capullana, —fiera como una walkiria—, trató de arrojarlo a un oculto pozo; de lo cual se percató a tiempo el Inca, cayendo ella en el forcejeo. La narración termina indicando que, furioso, Huaina Cápac hizo luego arrojar al pozo a la flor y crema de la nobleza del lugar; para escarmiento de los alzados.

Así eran esas gobernantes: belicosas y sensuales. Cabello Valboa cuenta de la señora de Ocoña, enemiga de los Incas. En esa comarca arequipeña, escribe, los cuzqueños "tuvieron sangrientas bregas, donde se mostró una mujer tan valiente y valerosa que se pudieran tener sus cosas en mucho, si no las obscurciera su incontinencia". Amaban pues, con tanta pasión como guerreaban o cazaban. Se vivía en realidad en un pleno status poliándrico; y sobre el punto interesa oír la versión de Fray Reginaldo de Lizárraga, en lo tocante a estos señoríos femeniles en la costa norte del Antiguo Perú.

Quienes gobernaban, —dice—, eran las mujeres "a quienes los nuestros llamaban capullanas por el vestido que traen y traían a manera de capuces, con que se cubren desde la garganta

a los pies . . . “estas capullanas eran las señoras en su infidelidad, se casaban como querían, porque, en no contentándolas el marido, le desechaban y casábanse con otro. El día de la boda el marido escogido se sentaba junto a la señora y se hacía gran fiesta de borrachera; el desechado se hallaba allí, pero arrinconado, sentado en el suelo, llorando su desventura sin que nadie le diese una sed de agua. Los novios, con grande alegría, haciendo burla del pobre”. Esto en lo tocante a los esposos oficiales de turno. No es difícil calcular la conducta de las Capullanas frente a los favoritos. Y es curioso ver que lo pudoroso de su traje, tan largo y a veces negro, no mermaba sus atractivos. Por Vásquez de Espinoza conocemos además, que arrastraban siempre parte del vestido y que cuanto mayor era su prestancia, más grande era la vistosa cola que las adornaba.

Estudios Actuales.— Peruanas contemporáneas han mostrado interés por las matriarcas. Ella Dumbar Temple realiza en su curso universitario una síntesis de las diversas y complejas teorías sobre matriarcado y patriarcado que han sido expuestas por numerosos tratadistas en torno al Tahuantinsuyu. María Rostworosky de Diez Canseco, en su obra sobre los curacas y las sucesiones en la costa norte, toca este apasionante problema; y nos habla de los juicios seguidos, aún en plena Colonia por la herencia de algunos curacazgos entre mujeres. Trae datos de Capullanas en Catacaos, Colán, Sechura, Menón y Nariguala. Vale la pena transcribir un párrafo de viejos papeles: “que por ser hembra no deja de suceder en el dicho cacicazgo, pues es notorio que las Capullanas usan en todas aquellas provincias, desde su antigüedad, los cacicazgos, y corre la sucesión por ellas de la misma manera que por los varones”. Prueba la autora que hasta bien entrado el Virreynato litigaron las Capullanas por sus fueros.

En “Los Repartos”, de Rafael Loredo, cuando se ocupa de los innumerables repartimientos que existían en el Perú al finalizar la rebelión de Gonzalo Pizarro, vemos figurar a las Capullanas de Catacaos y de Pohechos; aunque con el nombre de Apullanas. Datos todos con los cuales es posible abordar la parte más atractiva de este asunto, que, antes, en pluma sólo de Antonio de Herrera y de Buenaventura de Salinas y Córdoba, pareció fantasía. Hasta extravagante fantasía; pero que a la luz de testimonios incontrovertibles, aceptamos como sucesos de los más curiosos de cuantos acaecieron durante la Conquista.

Pizarro y las Capullanas.— Es en la Tercera Parte de la Crónica de Cieza de León donde hallamos la más apasionante historia de Capullanas. Transcurre en el Segundo Viaje de Francisco Pizarro. Iban los Trece del Gallo, —más sus negros esclavos y siervos indios—, bordeando costas en pos del país del oro. Habían tocado en Tumbes, donde fue bien acogido Pedro de Candia y sus acompañantes. Siguió la expedición hacia el sur, entre Amotape y el río Santa o Angashmayu. Cruzaron por comarcas donde primaban las mujeres; siendo la de Paita tal vez la capullana de mayor jerarquía. Allí se quedó de buena gana, Alonso de Molina. No consiguió reembarcarse por la bravura de las aguas; y se concertó recogerlo al retorno de la travesía hacia el sur. Renacía la leyenda del paraíso terrenal entre seres tan gentiles como los yungas costeños.

Continuó así el viaje de los audaces expedicionarios por esas tierras hasta entonces desconocidas. Más en un punto, al aparecer las velas cristianas, los indígenas, enterados por los tumbecinos de ciertas maravillas, acudieron en balsas en mucho número a fin de que se les mostrara el arcabuz, el negro, el gallo, la espada y demás cosas. Entre esos indios yungas fue un principal quien cuenta que una Señora que estaba en aquella tierra, oídas las nuevas que de ellos se decían, sentía gran deseo de verlos y les rogaba que saltasen a la orilla y que, además, serían provistos con cuanto había menester. En realidad los creían semidioses.

Francisco Pizarro, siempre cauteloso, declinó la invitación, pese a los valiosos obsequios enviados por la Matriarca. Anunciando a los embajadores yungas un pronto retorno, partió. Mas el viento le fue adverso. Barloventeando, les faltó leña, y bajaron a tomarla en Colaques; entre Tangarara (Piura) y Chimo (Trujillo). Echaron, pues, anclas. A esto llegó Alonso de Molina, quien por tierra había alcanzado a sus camaradas de la expedición. Molina confirmó el increíble candor de los indígenas de la costa. El jefe de la expedición ya no se mantuvo firme en su decisión de zarpar.

Acordó que algunos bajaran, instado por nuevos enviados de la Capullana; quienes trajeron cinco llamas de regalo. Mandó así Pizarro que desembarcaran “cuatro españoles que fueron, Nicolás de Ribera, que es el que de todos es vivo el año que voy escribiendo lo que leéis, y Francisco de Cuéllar, Halcón y el mismo Alonso de Molina, que había quedado primero entre ellos”.

Prosigue Cieza apuntando que Halcón, atolondrado y rumboso, "llevaba puesto un escofión de oro, con gorra, medalla y vestido un jubón de terciopelo y calzas negras, y llevaba con esto ceñida su espada y puñal, de manera que tenía más maneras de soldado de Italia que de descubridor de manglares".

Al llegar donde estaba la joven cacica, ella misma les dió de beber, en medio del regocijo de los indios. A Halcón (o Falcón) "parecióle bien la cacica y echóle los ojos". Quizás fue éste un tanto impetuoso en sus deseos, pues, "como hubieron comido, dijo esta Señora que quería ver al Capitán y hablarle, para que saltase en tierra, pues vendría según razón, fatigado de la mar. Respondieron los cristianos que fuese en buena hora. Halcón mientras más la miraba, más perdido estaba de sus amores. Como llegaron a la nave, el capitán recibió muy bien así a ella, como a todos los indios que venían con ella". Dice Salinas y Córdoba, que "Pizarro como caballero cortés, la recibió con el sombrero en la mano, dándosela para que subiese, y ordenando un gran acompañamiento, la fue galanteando desde la popa a la proa".

La Matriarca invitó entonces a Francisco Pizarro a una fiesta en su honor, ofreciendo cinco rehenes si fuese necesario, propuesta que, —según Cieza de León—, el jefe castellano rechazó, aceptando bajar "sin querer más rehenes que su palabra". Contenta ella, y tras recorrer intrigada todo el bajel, se volvió a tierra, "sin que Halcón apartase los ojos de ella, antes andaba dando suspiros y gemidos".

Al día siguiente, —prosigue Cieza—, antes de que apareciese el sol, "estaban alrededor de la nave más de cincuenta balsas con muchos indios, para recibir al Capitán, y en la una venían doce principales", quienes insistieron en quedarse en rehenes en la carabela. Aceptado esto, desembarcaron. La hermosa Capullana los esperaba debajo de una gran ramada, "donde había asientos para todos los españoles juntos". Fue un festín de carnes y pescado, frutas y Chicha. Antonio de Herrera dice que "bailaron y cantaron con sus mujeres". Y quizás hasta hubo más de una unión amorosa dado el gran atractivo ejercido por los castellanos y la usual tolerancia sexual de las indias; propia de todos los pueblos antiguos.

Este episodio figura, por igual, en otra importantísima Relación del Antiguo Perú; la famosa Crónica Rimada; escrita por actor de los hechos. O sea por uno de los Trece del Gallo. Raúl

Porras, que ha estudiado aquel rarísimo documento, confirma que los españoles, en el segundo viaje, "alcanzaron un puerto donde era señora una india que fue a ver a Pizarro a bordo de su navío"; no dando, por desgracia, más información.

De todos modos, queda en claro que hubo visita de la Capullana a la nave; y de los españoles a su dominio. La fiesta debió ser tan entusiasta, y tanta la chicha derramada, que Halcón perdió la razón. Deseó quedarse y se lo exigió imperativamente a Pizarro, quien no quiso porque el tal Halcón "era de poco juicio". Entonces gritando que esa comarca era suya, espada en mano arremetió contra los suyos: fue cuando "el piloto Bartolomé Ruiz le dio con un remo un golpe, de que cayó en el suelo". Luego le echaron una cadena al cuello. Ya en el barco lo arrojaron debajo de la cubierta. Cuentan que murió loco, no mucho tiempo después, en Panamá.

Todos estos acontecimientos, perfectamente históricos, revelan que el matriarcado aun sobrevivía en varias formas sobre algunas comarcas del Antiguo Perú. Aunque en proceso de extinción conservaba todavía relativa vigencia. El dominio del varón no era total sobre las vastas y variadas comarcas que abarcaba el Tahuantinsuyu. Sobre ese Imperio, —abigarrado conjunto de diferentes naciones—, se apreciaban, en varios rincones, los restos de las antiguas leyes matriarcales.

Bibliografía.— Los principales sucesos de que damos cuenta pueden verse en la Tercera Parte de la Crónica de Cieza, Capítulo 23 y 24; en las Décadas de Antonio de Herrera: Década III, Libro X, Cap. VI y Década IV, Libro II y Cap. VII; en el Cap. V del Memorial de Salinas y Córdova; en Memorias e Historiales de Montesinos, Cap. XXVII; y en la Relación de Quipucamayos (Colección Urteaga). Gutiérrez de Santa Clara, Libro III. Diego de Trujillo, pág. 49. Juan Ruiz de Arce. Herrera, Década V, Libro VII, Cap. X. Sancho, Cap. XIV.

II.— LAS GUARMI-AUCA, AMAZONAS DEL PERÚ

Las bellas Amazonas, que la Mitología Griega cedió recientemente a la realidad histórica, no fueron un privilegio exclusivo del mundo helénico. Indudable rastro matriarcal, la Amazona, mujer guerrera, belicosa y sensual, ha lucido sus armas en el pasado remoto de numerosos pueblos del mundo. El Antiguo Perú, pródigo en maravillas, tuvo también sus Amazonas. Nacie-

ron con la leyenda, entre semidioses y titanes, al alba de la peruanidad, para terminar, siglos después, frente a los escuadrones de la caballería castellana. Habían surgido con héroes que arrancaban peñascos y derribaban nubes sobre los Andes. Nexo entre la Historia y el Mito, habrían de sucumbir luchando contra las mesnadas conquistadoras.

En efecto, al margen de toda fantasía, se afirma que durante las campañas libradas por Pedro de Alvarado y Diego de Almagro contra Apo Quizquiz y Rumi Ñahui, que tantas decenas de vidas españolas costaron, "también peleaban las mujeres, tirando muy diestramente con sus hondas". Tal testimonio sobre mujeres soldados, hábiles en el manejo de las armas, proviene de cronista tan mesurado como el Contador don Agustín de Zárate (1); y se respalda con la declaración de Francisco de Gómara, quien, narrando las batallas de Sebastián de Benalcázar en la misma región y época, apunta que el jefe español enfrentó "gente muy guerrera, tanto que tan bien pelean con honda las mujeres como los maridos" (2).

La Conquista española, pues, no sólo forjó mártires, como la sacerdotisa que se arrojó al Apurímac desde su adoratorio, o las esposas de Manco Inca, cruelmente inmoladas sin que exhalaran una queja. Halló también heroínas. Conoció Amazonas, muy distintas a las dóciles acllas de los templos. Recordemos que cuando Manco Inca gana a los castellanos la batalla de Orongoy, son ellas las que forman la primera fila de combatientes, con sus lanzas; engañando a los atacantes mientras se reunía el grueso de las fuerzas regulares del monarca rebelde (3).

Desde un principio la antigua historia peruana sabe de mujeres que rivalizan con los hombres en la guerra. La fundación del Cuzco, —hondamente ligada al ciclo matriarcal—, presencia las acciones femeninas de las esposas-hermanas de los Ayar en el canto de Pacaritambo; y, sobre todo, ve el brillo singular de Mama Guaco. Con muy firmes contornos se traza su personalidad en aquellos azarosos momentos; especialmente en los que precedieron al nacimiento del modesto villorrio que el empuje de sus hijos convertiría en la Ciudad Imperial.

Juan de Betanzos aprendió en labios de su esposa, princesa real, hija de Huaina Cápac, no sólo la dulzura quechua, sino también el habla de los cuzqueños, la intimidad del Incario, sus gestas y tragedias. Como cronista cuenta, en su densa narración, —epopeya mal transcrita—, como Mama Guaco, en la pugna

por la posesión del valle sagrado, dio a un jefe indio Gualla "un golpe con unos ayllus y matóle y abríole de pronto y sacóle los bofes y el corazón a la vista de los demás del pueblo, hinchó los bofes soplándolos" (4). Fue este acto fiero el que decidió el encuentro según todas las crónicas, pues los Guallas fugaron despavoridos ante semejante impetuosidad, procediendo luego los Ayar a sujetar fácilmente la región.

Sarmiento de Gamboa, —tan afecto a contar nuestras viejas guerras; propicio siempre a exaltar a los adalides—, no olvidó a Mama Guaco. Apunta que luchando contra los Guallas, destacó cual ninguno: "Cuentan que Mama Guaco era tan feroz que matando a un indio Gualla le hizo pedazos y le sacó el asadura y tomó el corazón y bofes en la boca, y con haibintu —que es una piedra atada en una soga con que ella peleaba— en las manos se fue contra los guallas con diabólica determinación" (5). Y recalca que continuó en la brega hasta el aniquilamiento total de los enemigos.

Cabello Valboa, no menos crudamente, escribe así: "En la duración de este tiempo Mama Guaco (que muy varonil y atrevida era, y de gran consejo y prudencia), había hecho algunas averías usando oficio de valeroso capitán... lo mató con un tumi que llevaba oculto(que es un cuchillo de piedra) y sacándole los bofes y entrañas las hinchó y se las atravesó en la boca y con la sangre hizo untar a los demás, y con tan horrenda postura se metió en el pueblo de los Guallas, y los desanimados naturales, creyendo que era gente que comía carne humana, desampararon el pueblo" (6). El espanto a los caníbales, todavía comunes en aquella época, abrió el paso, pues, a la civilización incaica, gracias al ingenio y al valor de una mujer. De esa mujer que, al decir del cronista, "usaba oficio de valeroso capitán".

Mas no es el de Pacaritambo el único mito sobre el surgimiento del Tahuantinsuyu. Aparte de éstos y de la fábula de la Pareja Sagrada existen otros muchos. Y entre estos varios cantares sobre el origen de la raza de los Incas, poemas que no son sino reflejo de las varias fundaciones del Cuzco, se halla la leyenda de un poderoso señor, llamado Sapaná. Este caudillo se levantó en la provincia del Collao "y sujetó mucha parte de ella, y dicen los indios que guerrearon contra él esforzadamente, cerca de un pueblo llamado Chungara, unas mujeres, y que para su defensa hicieron muchas albarradas o trincheras o fortalezas". Precisa Antonio de Herrera, informante de tan curiosa

versión, que "al cabo fueron vencidos de Sapana, y su nombre olvidado" (7).

Resulta así aquel misterioso curaca de las jalcas del sur un verdadero Hércules peruano, que, como el paladín griego, combate y vence a las Amazonas. Destruye un núcleo matriarcal. Pero ¿cuál fue, en todo caso, el nombre de la Hipólita nativa? Nadie lo sabrá jamás, desgraciadamente. Pero es incuestionable que, fueran quienes fueren aquellas reinas y capitanas, esa tradición encierra una gran verdad: el surgimiento de fuertes señores en el sur, ricos en hombres y rebaños, significó la muerte de las ginecocracias en aquellas agrestes comarcas surandinas. A golpes de porra deshicieron las organizaciones femeninas; que no por serlo eran menos temibles y aguerridas. Esos opulentos curacas acabaron con la bélica fogosidad de las mujeres gobernantes, instaurando definitivamente el dominio del varón en las sociedades cordilleranas.

En la costa los restos del antiguo Matriarcado resistieron por mucho tiempo más, razón por la cual los españoles pudieron conocer, en pleno siglo dieciséis, a varias Capullanas o Curacas de sexo femenino. Y que estas señoras también participaban a veces en las muchas guerras intertribales de los valles del litoral lo prueba una referencia aislada que alcanzó a recoger Cabello Valboa. En su "Miscelánea Antártica" leemos que "en el valle de Ocoña tuvieron (los indios) sangrientas bregas, donde se mostró una mujer tan valerosa y valiente que se pudieran tener sus cosas en mucho, si no las obscureciera su incontinencia" (8).

Como se puede apreciar, estas reinas guerreras, agresivas y sensuales, atraieron por su valor a los españoles, en aquel tiempo los mejores soldados del orbe. Se inclinaron a considerarlas pura leyenda, pese a encontrar sus rastros a lo largo de toda la costa peruana; y, con típica mentalidad medioeval, se extrañaron de su afición por los más fuertes de sus súbditos. Desconocían, a la verdad, en ese entonces los europeos los relieves del régimen poliándrico que imperaba en esos señoríos femeninos. Chocó por ello al español la "incontinencia" de esas reinas guerreras y su desmedido gusto por las armas.

No dejaron los lingüistas de recoger valiosa información sobre las amazonas, aunque sin dar un término exacto en idioma castellano. Fray Domingo de Sto. Tomás en 1560 pone en su Lexicón "mujer varonil, callpayoc huarme" (9), entendiéndose por tal el ánimo guerrero y no otra cosa; pues la "mujer

machorra" era llamada "come guarne". En el Diccionario Anónimo del siglo XVI observamos que "mujer varonil" se traduce como "cari hina huarmi" (10). Y Diego González Holguín, otro sacerdote filólogo, en su monumental diccionario quechua, anotó también "mujer varonil" en igual forma, "ccari hina huar-mi"; agregando otra traducción más (11). Mujer varonil era en aquel entonces, en lengua castellana, la que lucía dotes guerreras.

Lo podemos apreciar con facilidad en uno de los casos más extraordinarios de las Amazonas del Antiguo Perú. El de Chhañan Cori Coca. La heroína que vence a los feroces Chancas en las calles del Cuzco; donde ya todo parecía perdido a causa de la debilidad del Inca ante el cerco enemigo. Fue ella uno de los dirigentes de la reacción de la aristocracia juvenil cuzqueña contra la senilidad del monarca y sus claudicaciones ante el invasor. Y combatirá de tal modo en primera línea que la historia recogerá su nombre. Cuenta Santa Cruz Pachacuti que "al fin de esta batalla sale con gran victoria y hace su triunfo y entonces dicen que una india viuda llamada Chhañancoricoca pelea valerosamente como mujer varonil" (12).

Y esta tradición es contada también por uno de los más brillantes cronistas españoles, Sarmiento de Gamboa: los chancas que "entraron por un barrio del Cuzco llamado Chocosca-chona fueron valerosamente rebatidos por los de aquel barrio, adonde cuentan que una mujer llamada Chañan Curicoca peleó varonilmente, y tanto hizo por las manos contra los Chancas que por allí habían cometido, que los hizo retirar. Lo cuál fue causa que todos los que lo vieron desmayaran". Es esta Amazonas una Pentesilea peruana, lidiando por una Troya andina, el Cuzco sitiado. Y tal vez si algún Aquiles chanca, al igual que el homérico, lloró sobre sus restos, pues nada se sabe sobre ella tras aquella recia batalla que marca el inicio de la expansión imperial del Cuzco. Todo parece indicar que murió en combate.

Por su lado, de más allá de los nevados de la cordillera, de plena vertiente oriental selvática, Guaman Poma de Ayala recogerá frenéticas danzas de los indios antropófagos de la selva; los renombrados Antis. Hombres reacios a toda sujeción y cuya belicosidad asoma entre sus fieros guerreros y en sus mismas mujeres: "Uarmi Auca, Uarmi Auca", mujer guerrera, mujer guerrera, repiten incesantemente los versos salvajes que copiara el gran cronista indio "Tu guerrera Anti chihuanay", can-



tan monótonamente los chunchos en sus danzas rituales, al sol de tambores primitivos, pretales de cascabeles y coros de alaridos bárbaros (13).

Igualmente en Blas Valera, —a través de Garcilaso—, se da huella de las Amazonas de la selva, de esas mujeres antis “más crueles que los varones” (14), referencia de esos ilustres mestizos, que unida a las del escritor indio citado prestan veracidad a las informaciones de los expedicionarios de Alonso de Orellana. Datos sobre Amazonas en la selva, que habrían de dar nombre al más caudaloso de los ríos del planeta, pero que todos creyeron alucinación en las mentes calenturientas de audaces conquistadores perdidos entre fiebres, malezas y pantanos.

Aparte de testimonios sueltos que brotan de las informaciones de servicios de los conquistadores, interesa en el presente caso, la magnífica crónica escrita por el capellán de la expedición de Orellana: Fray Gaspar de Carbajal. Fue compañero de malaventuranzas de esos desdichados que, sin quererlo, y arrastrados por las aguas caudalosas del Napo, llegaron a esa meta insospechable tras una de las más audaces epopeyas geográficas de la historia.

Lo hicieron en un improvisado bergantín, más que en eso en una balsa de alto bordo que, desesperado ya en plena selva, construyó Gonzalo Pizarro para enviar como vanguardia a Orellana y un grupo de hombres. Luego esta avanzada, a causa de la impetuosidad de las aguas, ya no pudo retornar, y no tuvo otra solución que seguir adelante, rumbo a lo desconocido. El Napo les tomó mucho tiempo de travesía. Más tarde, tras penosos avances, el desierto de maleza y jungla mostró por fin algunos villorrios primitivos. Aun ignoraban haber entrada a “la buena tierra y señorío de las Amazonas”. Ellas estaban aún ocultas.

Estos indios eran vasallos de esas mujeres y creyeron un deber aprestarse a la defensa ante tan extraños seres que llegaban con tanta hambre de oro como de comidas. “Sujetos y tributarios a las Amazonas, —cuenta la crónica—, vánles a pedir socorro” (15). Confiando en su capacidad propia, ellas enviaron un núcleo pequeño a combatir a los intrusos: “...Vinieron hasta diez o doce, que estas vimos nosotros, que andaban peleando delante de todos los indios” (15). Eran, pues, las capitanas ...y peleaban ellas tan animosamente que los indios no osaban volver las espaldas”. Al que retrocedía esas jefes lo ma-

taban a macanazos, de tal suerte que mejor les resultaba a los indios morir dando el pecho a los arcabuses y ballestas.

Mucho debió intrigar a los cristianos la circunstancia de que mujeres dirigieran los combates y quizás algunos lo negaron. Bien se pudo argüir tras los primeros encuentros que eran hombres que parecían mujeres por estar ataviados de tal o cual modo. Pero en uno de los choques se disipó la duda, ya que lograron matar siete u ocho de las Amazonas y es entonces cuando el capellán de nuestra historia recalca en forma enfática "...a estas vimos" (15). Eran, como las demás mujeres de la selva, mucho más blancas que las andinas; y también parecían más altas. Además lucían "el cabello muy largo y entrenzado y revuelto a la cabeza, son muy membrudas, andaban desnudas en cueros y atapadas sus vergüenzas" (15). Las cubría apenas un tapa-sexo y llevaban el pecho desnudo. Peleaban con arcos y flechas y macanas y con esas armas "hacían tanta guerra como diez indios" (15).

La curiosidad del cronista fue más allá. Como pudo, valiéndose de intérpretes amigos, chunchos antes recogidos, interrogó a algunos indios. Estos contaron que esas mujeres vivían en unos setenta poblados, virtualmente sin varones, a los cuales apenas los tomaban cuando sentían amorosa necesidad de ellos. En efecto, preguntando a un indio lugareño como esas mujeres "se empañaban... no siendo (y si) ni residía hombre entre ellas", él contestó que de tiempo en tiempo se unían a varones: "...cuando les viene aquella gana" (15).

Aclaró el informante que para tal fin, verdadera incursión sexual, "juntan mucha copia de gente de guerra y van a dar guerra a un muy gran señor que reside y tiene su tierra junto a la de estas mujeres". Una vez allí "por fuerza los traen a sus tierras y los tienen consigo aquel tiempo que se les antoje y después que se hallan preñadas los tornan a enviar a sus tierras sin les hacer otro mal" (15).

Los rudos expedicionarios españoles no pudieron saber que entre esas raras noticias y el lejano mundo clásico de los griegos y del Asia Menor existían asombrosas coincidencias. Coincidencias que se acentúan cuando leyendo el diario del capellán, nos enteramos que "cuando les viene el tiempo en que han de parir, que si pare hijo le matan o le envían a sus padres, y si hija la crían con muy gran solemnidad y le imponen en las cosas de la guerra". Al modo antiguo, también vivían ellas con

el mayor esplendor posible y adoraban ídolos femeninos. Siglos más tarde, al atravesar las selvas peruanas el sabio francés La Condamine, aun escucharía resonar en la floresta las gallardas tradiciones sobre las Amazonas del Antiguo Perú.

No sólo en la selva norte surgen las Amazonas. También resaltan en la historia de la selva del sur, pero si bien aquéllas se enfrentaron a los castellanos, éstas un siglo antes, habían guerrreado contra las legiones de Túpac Inca Yupanqui. En esta evolución sociológica la historia empieza, lo mismo que en la mitología clásica, por una evocación de la lucha entre hombres y mujeres por el poder: lucha del ejército regular contra las Amazonas. Esas mujeres soldados, castas en campaña, sensuales en la paz, habrían de ser vencidas finalmente por la nueva sociedad andina, patriarcal y autoritaria.

Es, precisamente, una crónica indígena, la valiosa Relación de Santa Cruz Pachacuti Yanqui Salcamaygua, el documento que ilustra sobre las guerras incaicas contra los núcleos gineocráticos de Guarmi-pucará, término quechua que bastaría por sí solo para demostrar la lejana existencia histórica de las Amazonas por cuanto significa "el castillo de las mujeres"; en memoria de la fortaleza desde donde ellas rechazaron los avances del ejército de los hijos del Sol.

El indio informante debió conocer bien esos sucesos a causa de su noble ancestro colla, dado que fue por el altiplano del Titijaja que avanzaron las huestes del Inca, antes de descender por Carabaya. Narra primero que las tropas imperiales fueron contenidas por las feroces guerreras. Cuenta que Túpac Inca Yupanqui se vio obligado a enviar contra ellas un ejército de doce mil soldados y que "comenzaron a pelear en Huarmipucara con las mujeres cullacas, en donde aynas (fácilmente) fueron vencidos los quichuas del Inca". Triunfantes en esa primera etapa de la guerra, sobrevino a poco una nueva acometida del Cuzco. Resulta explicable la tenacidad cuzqueña. Los orejones perseguían no únicamente la expansión del territorio incaico. También la liquidación de un régimen social y jurídico que era contrario a las leyes del Tahuantinsuyu. Tiempo hacía que el hombre imperaba sobre la mujer y que había reservado para sí las tareas de la guerra (16).

Fue en las selvas de Carabaya donde se libró lo más de esa campaña, "en una provincia todas mujeres llamado Guarmi-auca", o sea "mujeres soldados" en la vieja lengua runasimi. El

mismo Túpac Inca Yupanqui probó con su brazo la valentía de esas amazonas y dice la tradición que poco duró la dominación cuzqueña en esa distante comarca. La lucha se reinició (16).

La historia se enreda en medio de las rebeliones guerrilleras de las amazonas. Sabemos, si, que el Inca, mientras conquistaba a las fieras tribus araucanas, envió un nuevo ejército para dominar a las guaraní-aucas. Ellas resistieron "con poca facilidad fueron sujetas" (16). Por último parece que desalentado Túpac Inca Yupanqui por las pertinaz resistencia de esas belicosas tribus femeniles y quizás disgustado también por la rudeza de la tierra, abandonó la campaña militar. Apenas si dejó allí "una compañía de gente para que sirvieran de garañones" (16). Quedó pues en las selvas de Carabaya un conjunto escogido de jóvenes cuzqueños para que con su simiente y el amor logaran en el hecho lo que las armas no habían conseguido del todo en el combate.

Lo cierto fue que, liquidados los fundamentos del Matriarcado en casi todo el territorio que cubría el Tahuantinsuyu, por obra de los Incas y anteriores sociedades patriarcales, lo matriarcal sobreviviría en variadas formas sobre la floresta amazónica, o dentro de los aislados valles yungas del litoral. En el siglo XVI, a los dos lados de los Andes se halló no sólo mujeres gobernantes, sino también mujeres expertas en las artes de la guerra, que, como se ha visto, enfrentaron valerosamente a las huestes castellanas durante la Conquista del Perú. Ahí están para probarlo Diego de Almagro, Sebastián de Benalcázar y Alonso de Orellana.

BIBLIOGRAFIA

- 1.—AGUSTIN de Zárate: libro II, Cap. XI.
- 2.—GOMARA Francisco de: Capítulo Muerte de Quizquiz.
- 3.—TITU CUSI Yupanqui - Relación.
- 4.—JUAN DE BETANZOS: Cap. IV.
- 5.—SARMIENTO de Gamboa: Cap. XIII.
- 6.—CABELLO Valboa: Miscelánea: Cap. X.
- 7.—ANTONIO DE HERRERA: Década V, Lib. III, Cap. VI.
- 8.—CABELLO Valboa: Cap. 18 del Libro III.
- 9.—FRAY DOMINGO de Sto. Tomás: Lexicón, pág. 172.
- 10.—Diccionario Anónimo, pág. 396.
- 11.—HOLGUIN: Pág. 396.
- 12.—SANTA CRUZ Pachacuti: Capítulo de Viracocha Inca Yupanqui.

- 13.—GUAMAN POMA de Ayala: Fiesta de los Andesuyos en su nueva Crónica y Buen Gobierno.
- 14.—BLAS Valera en Comentarios de Garcilaso.
- 15.—FRAY GASPAR de Carbajal - Rel. del Desc. del Amaz.- Ed. Fondo de Cultura Económica. Págs. 95 a 106.
- 16.—JUAN SANTA CHUZ Pachacuti Yanqui Salcamaygua - Relación - Ed. Urteaga Romero - págs. 195 a 200